

**ARTEMIDORO Y LA ARQUEOLOGÍA DEL
SABER ONIROCRÍTICO**

Elisa Ruiz García
Universidad Complutense de Madrid

Las noticias que tenemos sobre Artemidoro son muy escasas. En realidad, nuestra mejor fuente de información es la propia obra conservada. En ella el autor nos cuenta que era natural de Éfeso pero que, dada la notoriedad de su ciudad natal, prefirió proclamarse oriundo de Daldis, pequeña localidad lidia, y de la que procedía por línea materna, con el propósito de encumbrarla. En cambio, no nos proporciona ninguna pista sobre la fecha de su nacimiento ni sobre su peripecia vital. Sin embargo, los datos internos esparcidos a lo largo de su producción nos permiten situarle en la segunda mitad del siglo II d.C.⁽¹⁾ Hasta nuestras manos tan sólo ha llegado un tratado consagrado a la interpretación de los sueños, el *Onirocrítico*, compuesto por cinco libros. La agrupación es facticia: los tres primeros están dedicados a Casio Máximo, un consumado y amanerado maestro de retórica, y los dos últimos a su hijo, quien ejerció la misma profesión que el progenitor. El tenor de los consejos prodigados al descendiente trasluce un gran afecto y el deseo de salvaguardar lo mejor de su saber técnico. Su producción no está ayuna de citas literarias y el manejo de la lengua denota un relativo dominio de la misma, aunque bien es verdad que entendida como mero instrumento de comunicación de unas doctrinas. Su prosa pone de manifiesto las aspiraciones aticistas del autor, de acuerdo con las tendencias de la época. Quizá se pueda aducir como prueba de su respeto por la elocuencia el hecho de haber dedicado la parte más granada de la obra a Máximo de Tiro. A pesar de sus buenos deseos encontramos en sus escritos huellas del habla popular, motivadas en gran parte por la naturaleza de las fuentes ya que sobre este profesional pesaba la influencia de una literatura mántica de cortos vuelos. Del mismo modo, menudean en su léxico vocablos y expresiones formularias que también se encuentran en textos que versan sobre astrología.

A todas luces el valor de este autor no reside en su estilo, sino en su testimonio pues, en efecto, la producción onirocrítica de Artemidoro constituye un rico filón de noticias de toda índole. Sin duda alguna, la lectura de sus escritos permite reconstruir virtualmente, a modo de gran fresco, el escenario real de la sociedad grecorromana en la segunda mitad del siglo II d.C., partiendo paradójicamente del universo

¹ Véase Artemidoro, *La interpretación de los sueños*, trad. de Elisa Ruiz García, Madrid: Biblioteca Clásica Gre-dos, 1989, p. 8.

imaginario de sus protagonistas. La influencia del Daldiano ha sido muy limitada debido, en parte, a los avatares de la tradición manuscrita y, en parte, a los prejuicios racionalistas que han prevalecido en la cultura europea durante las últimas centurias. Ciertamente, la exhumación a fines del siglo XV del único *testis* directo conocido⁽²⁾, rescató del olvido un tratado que suscitó interés en la época de su descubrimiento por cuanto que las ciencias ocultas, en general, y la oniromancia, en particular, gozaban entonces de cierto predicamento. Baste recordar que el propio Aldo Manuzio realizó una bellísima edición *princeps*⁽³⁾ (1518) y que el texto fue traducido a las principales lenguas, salvo al castellano. Después de este florecimiento, circunscrito a las modas intelectuales de la época, la obra de Artemidoro volvió a entrar en una etapa de letargo. El silencio secular fue interrumpido en el siglo XIX gracias a la realización de una edición y una posterior traducción al alemán⁽⁴⁾. Tales intentos no obtuvieron la respuesta deseada porque nuestro autor no sintonizaba con los ideales propios de la mentalidad positivista, ni en su forma ni en su contenido. Por ejemplo, Theodor Gomperz en la recensión hecha a la versión de Krauss en 1881 juzgó el tratado «como una contribución a la patología del espíritu humano». Resulta claro que los tiempos no estaban aún maduros para este género de especulaciones pero, incluso en 1963, cuando Roger A. Pack da a conocer su edición en el marco prestigioso de la colección Teubner, el citado helenista se ve obligado a emplear algunas cautelas para justificar su tarea. Literalmente dice: *Fateor equidem multa futilia, insulsa, immo horrifera in his quinque libris inesse*. Creo que el propio juicio nos exime de cualquier comentario. Sin embargo, todo este material, considerado injustamente como un subproducto, merece nuestra atención porque nos proporciona noticias fidedignas sobre algunos aspectos de la cultura tardo-antigua acerca de los cuales tenemos pocas fuentes de información. En primer lugar voy a centrarme en lo que podríamos calificar de una «arqueología del saber oniocrítico», sin que la denominación suponga una adhesión incondicional a los postulados foucaultianos. Mi propósito es averiguar, en la medida de lo posible, cuál es el modelo epistemológico en el que se inspira Artemidoro y, asimismo, describir las pautas seguidas en el proceso interpretativo de los sueños. Ciertamente, el contenido de la obra significa un intento de controlar la realidad y de proporcionar explicaciones. En este sentido se puede decir que su objetivo es similar al de las ciencias aplicadas: en verdad, trata de guiar el curso de los acontecimientos a través de la información proporcionada por una categoría de sueños, concretamente por los lla-

² Florencia, Biblioteca Laurenziana Medicea, *Codex Laurentianus*, plut. 87, 8.

³ Artemidori *De somniorum interpretatione libri quinque*, Venetiis in aedibus Aldi, 1518.

⁴ Artemidori Daldiani *Oniroticron libri V*, ex recensione R. Hercheri, Leipzig: [s.i.], 1864 y F. S. Krauss, *Artemidoros aus Daldis. Symbolik der Träume*, Viena: [s.i.], 1881.

mados «simbólicos» en su taxonomía (I, 2. Véase el Cuadro I). Para alcanzar este fin recurre a una metodología adecuada, es decir, prescinde de la vía deductiva, propia de las ciencias racionales o formales, y se encamina hacia la inducción o análisis basado en la observación de casos singulares, cauce seguido tradicionalmente por las ciencias experimentales. En consecuencia, el marco epistemológico elaborado por este autor se apoya en los siguientes principios:

1. La observación de hechos de una manera pormenorizada.
2. La formulación de hipótesis explicativas.
3. La comprobación de dichas hipótesis por vía empírica.

En los escritos del Daldiano se advierte con toda claridad cómo estos tres presupuestos teóricos vertebran todo su quehacer científico. Respecto del punto primero el interesado reconoce haber frecuentado otros profesionales con el fin de ampliar sus propios conocimientos. Textualmente afirma: «He tratado con ellos por espacio de muchos años en las ciudades y en las fiestas públicas de Grecia, y también en Asia, en Italia y en las islas más grandes y populosas, deteniéndome a escuchar antiguos sueños y sus consecuencias. En realidad, no era posible ejercitarse de otro modo en estas cuestiones. Por tanto, estoy en condiciones de poder hablar ampliamente sobre cada tema» (I, Proemio). A las enseñanzas así adquiridas hay que sumar el conocimiento de la literatura científica anterior⁽⁵⁾ y su propia experiencia personal. Todo este bagaje es el que le permite llevar a cabo un análisis minucioso de los hechos pues, en efecto, el autor consideraba «un perjuicio generalizado no examinar ni perfilar meticulosamente cada una de las cuestiones» (I, 16).

El punto segundo es capital por cuanto se centra en la formulación de hipótesis explicativas. A este fin se apoyará en unos principios teóricos fundados en los supuestos doctrinales de los términos opuestos y de las analogías (véase el Cuadro II). La utilización de estos dos métodos tradicionales de argumentación corrobora la antigüedad y el carácter primordial de esta rama de la mántica, al tiempo que nos certifica la pervivencia de tales técnicas especulativas en fechas muy tardías. Artemidoro es, por tanto, el heredero directo de una línea de investigación que arranca del pensamiento griego arcaico y atraviesa las escuelas pitagóricas y eleáticas, el movimiento de la Sofística y los distintos grupos que encarnan las enseñanzas hipocráticas, sin que en su trayectoria hiciesen mella las contribuciones decisivas de Platón y Aristóteles, por citar dos nombres conspicios.

Como es obligado, vamos a examinar la tipología de sus argumentaciones. En primer lugar analizaremos el concepto de polaridad (véase el Cuadro III). Los datos relativos al papel desempeñado por series de conceptos opuestos aplicados como

⁵ En el Proemio del libro I afirma: «En lo que a mí respecta, no hay obra de oniocrítica que yo no haya manejado».

medio de intelección de la realidad y de la organización social están ampliamente documentados. En el ámbito helénico el profesor Lloyd⁽⁶⁾ estudió esta cuestión desde sus primeras manifestaciones hasta la época de Aristóteles. En cambio, la evolución y el desarrollo ulterior de este tipo de razonamiento no ha sido luego tratado con la extensión debida. Ciertamente, las clasificaciones dicotómicas se encuentran por doquier, tanto en comunidades primitivas antiguas como en las modernas. Hay una abundante bibliografía antropológica y a ella remito. Los diferentes pares de términos contrapuestos establecidos no son siempre los mismos en todas las culturas, pero existe una reiterada antítesis entre lo que es tenido por superior, puro y sacrosanto y lo que es juzgado inferior, impuro e impío. Estas correlaciones de valores suelen manifestarse a través de una distribución local que tiene como referente el espacio físico, de ahí que sus coordenadas sean los elementos polares «arriba» y «abajo», «derecha» e «izquierda», «delante» y «detrás». Esta conceptualización, aunque se inspire en el espacio perceptivo, no se identifica con él, y por tal motivo Piaget⁽⁷⁾ ha propuesto el nombre de «espacio representativo» para designar el escenario en el cual se desarrolla la función simbólica. En Artemidoro esta topología desempeña un papel importante. La noción de «arriba», «derecha» y «delante» se identifica con la idea de superioridad; por oposición, las nociones contrarias de «abajo», «izquierda» y «detrás» con las de inferioridad. Estas localizaciones imaginarias, aplicadas en un sentido traslaticio a una escala de valores cualitativos, pueden comprobarse a lo largo de toda la obra del Daldiano. A título de ejemplo citaremos algunos casos (véase el Cuadro III.1). El eje vertical establece una correspondencia entre la altura entendida como una dimensión y la preeminencia considerada como un valor religioso o social. Lógicamente el concepto antitético de «abajo» se equipara con la falta de elevación en una acepción figurada. En consecuencia, los casos citados por Artemidoro siempre remiten a una oposición cuyos términos están representados por instancias o personas que encarnan el mayor y el menor rango respectivamente.

En cambio, el eje horizontal ofrece una casuística más rica (véase el Cuadro III.2). Los datos relativos a la actitud mostrada por los griegos hacia los términos «derecha» e «izquierda» son bien conocidos y no es preciso detenerse en ellos puesto que hay una abundante bibliografía encabezada por los trabajos ya clásicos de Robert Hertz⁽⁸⁾. Por un lado, se encuentra el vocablo *dexiós* y, por otro, *skaiós* con el significado que todos sabemos de «diestro» y «sinistro»⁽⁹⁾ y sus correspondientes

⁶ *Polaridad y analogía*, Madrid: Taurus, 1987 (1966).

⁷ J. Piaget y B. Inhelder, *La Représentation de l'espace chez l'enfant*, París: P.U.F., 1948, pp. 532 y 535.

⁸ Véase, en particular, *La muerte y la mano derecha*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.

⁹ A modo de vocablos sinónimos también se registran las formas eufemísticas de *aristerós* y *euónymos*, términos cuya sola existencia ya delata un prejuicio ideológico.

connotaciones. La valoración positiva otorgada a uno de los extremos de esta dualidad ha favorecido el establecimiento de una clasificación que supera el sentido espacial y limita con otros sistemas conceptuales. En nuestro autor el lado derecho se identifica con la idea de la masculinidad, la disponibilidad para actuar, la edad avanzada y la buena ventura. El lado izquierdo equivale a la noción de la femineidad, al instinto de conservación, a las personas menores de edad y al infortunio. Las razones de semejante clasificación no están expresadas en ningún testimonio escrito de la Antigüedad, salvo en lo que concierne a la diferenciación sexual. Parménides entendía que la ubicación del embrión en el lado derecho o izquierdo del útero de la madre determinaba el género del futuro ser¹⁰. A su vez, en parte de la literatura médica¹¹ se hacía depender esta condición orgánica del lugar de procedencia del semen: el testículo derecho engendraba niños y el izquierdo niñas. Quizá las asociaciones simbólicas originadas en torno a tales términos opuestos contribuyeron a reforzar la creencia en una conexión entre las ideas de superioridad, masculinidad y lado derecho, por un lado, y las de inferioridad, femineidad y lado izquierdo, por otro.

De modo parecido a otros pueblos, los griegos consideraban que el «este» se encontraba situado a la derecha y, en consecuencia, privilegiaban este punto cardinal respecto del «oeste» emplazado a la izquierda. A la luz de esta tradición simbólica cabe interpretar algunas prácticas culturales tales como la dirección seguida en las libaciones conviviales y la orientación aplicada en la ejecución de la escritura alfabética, a pesar de que el modelo tomado en préstamo tuviese una orientación contraria. En ambos casos el movimiento tendía a culminar su recorrido en el lugar marcado positivamente. Artemidoro compartía, asimismo, tales criterios, como se puede comprobar leyendo, por ejemplo, la interpretación negativa que establece del hecho de soñar que se escribe de derecha a izquierda (III, 25).

El tercer eje se refiere a distancias relativas en función del sujeto (véase el Cuadro III.3). Se trata de las determinaciones espaciales que responden a los adverbios «delante» y «detrás». Esta dicotomía tiene una representación menor en este autor. A pesar de su sentido local no expresará valores ubicativos sino temporales. Lo que está ante la vista del interesado es considerado positivo y se corresponde con la idea de pasado. En cambio, lo que queda a la espalda es interpretado negativamente y se identifica con el incierto futuro.

Los seis puntos analizados no son simplemente términos simbólicos y ajenos al mejor pensamiento especulativo griego. El propio Aristóteles los califica de *arkhai*, esto es, de principios constitutivos. A su juicio, éstos se hallan representados en las

¹⁰ Galeno explica el frag. 17 del filósofo griego en tal sentido (*In Epid.* VI, 48).

¹¹ *Sobre la superfetación*, c. 31, LVIII 500, 8 y ss.

tres dimensiones (altura, anchura y profundidad) y en los tres tipos de cambios de los seres vivos (crecimiento, movimiento local y movimiento sensorial, *De caelo*, 284b 24 ss). La aceptación generalizada de este tipo de argumentación se debe a que, en realidad, todo científico tiende a explicar el mayor número posible de fenómenos con el menor número de hipótesis. Desde este punto de vista la polaridad resultaba un procedimiento muy atractivo y económico por su claridad abstracta, su simplicidad y el carácter universalizante de la teoría. El problema residía en la verificabilidad de los principios postulados.

A pesar de que el sistema binario juega un importante papel estructural en el método interpretativo del Daldiano, no se encuentra en su obra ninguna alusión a las oposiciones clásicas de «frío» vs «calor» y «húmedo» vs «seco», tan productivas en el campo de la medicina. Esta ausencia quizá revele que las especulaciones de los profesionales de una y otra disciplina se desarrollaban en planos diferentes. Aunque en ningún momento Artemidoro define con claridad la naturaleza de los sueños, resulta evidente que su interpretación no estaba ligada a fenómenos fisiológicos.

El segundo tipo de argumentación empleado por nuestro autor se basa en el principio de la analogía. Algunos antropólogos han puesto de relieve que la utilización de este método heurístico constituye un rasgo especialmente significativo del pensamiento primitivo. Tanto la práctica de la magia simpática como la técnica de interpretar señales dependerían de la suposición de que existe un vínculo sobrenatural entre casos semejantes entre sí. La expresión tradicional de *similia similibus* ilustra tal proceder. Los griegos, al igual que otros muchos pueblos, dieron por sentado que las relaciones analógicas podrían utilizarse bien para influir en el curso de los acontecimientos, bien para predecir el futuro. Pero pecaríamos de injustos, si no reconociésemos que el principio de semejanza desempeñó un importante papel en la cultura helénica al margen de estos objetivos. La analogía fue una fuente fecunda de hipótesis en el terreno científico. De igual modo, la literatura griega ofrece infinitos ejemplos de comparaciones y metáforas. Por consiguiente, estamos ante una forma de razonar y sentir que tuvo gran arraigo en ese escenario geográfico. El procedimiento es mencionado por Artemidoro en varias ocasiones, a diferencia de lo que sucede con el sistema opositivo, el cual aparece empleado sin que exista ninguna aclaración a este respecto. El autor identifica la mántica de su especialidad con la vía especulativa de la semejanza en una de sus citas. Literalmente afirma: «En última instancia, la onirocrítica no es otra cosa que una relación entre elementos analógicos» (II, 25). La misma idea es expresada en varios pasajes en los que abrevia la enumeración de paralelismos y recomienda que en la casuística restante se establezcan las interpretaciones de acuerdo con tales principios (III, 47; II, 41 y I, 73). Además de este reconocimiento explícito, el análisis de la semejanza entre elementos oníricos y sus respectivos significados aparece por doquier. En realidad, la mayoría

de los casos por él examinados se resuelve mediante la aplicación de este recurso, el cual en sus manos se convierte en una modalidad de razonamiento muy operativa. Cuando el Daldiano equipara un elemento onírico con su correspondiente referente no establece una igualdad entre ambos términos, simplemente sugiere las relaciones existentes entre ellos, como él mismo afirma. El hecho de considerar la igualdad desde una perspectiva proporcional explica que el autor establezca tácitamente dos tipos de razonamientos analógicos: uno, fundamentado en la similitud entre un elemento onírico y un ser u objeto del mundo real y, otro, basado en un parentesco verbal, auténtico o supuesto, que vincula a los términos con sus respectivos nombres. En consecuencia, a ambas modalidades las denominaré analogía «real» y analogía «verbal» respectivamente. Como muestra de la primera opción he escogido un caso significativo: la imagen de la mujer (véase el Cuadro IV.1.). El análisis de los puntos de contacto evocados en el acto interpretativo permite vislumbrar cuál era el estatuto de la condición femenina. Las citas son numerosas y susceptibles de una clasificación. El primer grupo comprende menciones de carácter genérico. Las asociaciones mentales son todas negativas y en la mejor tradición de la misoginia de Semónides. El segundo apartado, dedicado a la figura de la madre, es de signo contrario. El afecto filial se deja traslucir e, incluso, se podría aquí practicar una lectura freudiana. Las comparaciones son todas transparentes y universales⁽¹²⁾. El tercer sector se centra en la figura de la mujer casada. El concepto de la vida conyugal y el papel desempeñado por la esposa quedan patentes a través de las conexiones establecidas. Las ideas dominantes que se desprenden del significado de estas comparaciones son la sexualidad y la procreación, la pertenencia al marido, el sustentamiento de la vida doméstica, la conservación y custodia de los bienes del hogar, y la intimidad. Este último apartado remite a ciertos arquetipos que configuran la estructura del imaginario *in genere*, como ha puesto de relieve el antropólogo Gilbert Durand⁽¹³⁾.

El amplio muestrario de elementos oníricos relativos al sexo femenino contrasta con el escaso número de menciones dedicadas al varón en tanto que representante del sexo masculino. Por ejemplo, citaremos algunos pasajes en los que se habla de la figura del marido: en uno, equivale a la luz (I, 74), en otro, al batiente de la puerta con cerrojo (II, 10) y en el último, a la pared que tiene una puerta (II, 10). La diferencia cuantitativa de tratamiento quizá se pueda interpretar en clave estadística. Con toda probabilidad la mayor parte de la clientela que acudiese a tales profesionales sería masculina, por tanto eran los sueños y las obsesiones de ese segmento de la población los que fueron objeto de consulta primordialmente.

¹² A tenor de los elementos oníricos mencionados en I, 79 en lugar de «patria» se debería decir «matria».

¹³ *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, París: Dunod, 1984.

Esta visión de la dualidad mujer / hombre se completa con la valoración registrada en el tratado sobre el matrimonio. La institución aparece siempre vinculada a asociaciones corporativas, lo cual corrobora que el aspecto contractual de la unión de los cónyuges prevalecería sobre cualquier otro interés. Asimismo, los zapateros y carpinteros son elementos oníricos que remiten a la vida de pareja en razón de las costuras y ensambladuras que practican dichos menestrales (I,51). Otro tanto sucede con los objetos entrelazados en virtud de su trabazón (IV, 5). En realidad, todas las comparaciones subrayan el concepto de atadura que se tenía de la institución.

Sin duda, el razonamiento analógico que he denominado «real» es el más utilizado a lo largo de toda la obra, no obstante también se encuentra una variada representación de la segunda modalidad o razonamiento analógico verbal. Esta vía tiene su razón de ser en un principio de extracción mántica que reza: *nomen omen*. Las elaboraciones de esta categoría se basan en operaciones lingüísticas y gráfico-numéricas. Las primeras utilizan recursos relacionados, en cierta medida, con técnicas retóricas, tales como polisemias, etimologías, homofonías y transformaciones léxicas varias. En el Cuadro IV.2 figuran los principales casos registrados. Como se puede observar, el procedimiento más empleado consiste en equiparar a efectos interpretativos distintas acepciones de una misma palabra. La mayoría de las ocurrencias son dilogías. El vocablo *psêphos* es el que presenta un abanico más rico de significados pues, en efecto, se juega con los valores de «guijarro, cuenta, pupila, hijo, gema», etc. El siguiente recurso se sustenta en el establecimiento de una raíz común para dos términos. La aplicación de razonamientos fundados en la etimología de las palabras es muy antigua y está ampliamente testimoniada en la cultura griega y, por extensión, en la europea. Por supuesto, el parentesco aducido es en muchas ocasiones inexistente desde un punto de vista filológico. El tercer tipo de analogía verbal consiste en la semejanza fonética de determinadas palabras. Todos los ejemplos citados por Artemidoro evidencian el fenómeno del itacismo y, en consecuencia, estos pasajes tienen un valor documental en lo que respecta a la pronunciación del griego a mediados del siglo II⁽¹⁴⁾. La última categoría de este apartado no estriba en el principio de igualdad, como el caso anterior, sino que reúne algunas interpretaciones establecidas mediante transformaciones operadas sobre voces y signos alfabéticos. Numéricamente son escasas.

El segundo tipo de analogía verbal es de naturaleza aritmológica. Fue una práctica que gozó de mucho predicamento en el campo de la mántica por ser un método criptográfico. Se trataba de un tipo de escritura basado en el valor numérico de las letras. El procedimiento se fundamentaba en que dos palabras eran consideradas

¹⁴ También se registra un posible caso de asibilación de la *theta*: *pîsos* / *peithô*.

equivalentes cuando las cifras resultantes de la suma de los signos que integraban cada uno de los vocablos eran iguales. Artemidoro le dedica un capítulo a esta cuestión en el libro IV. A través de los consejos destinados a su hijo resulta evidente que la utilización de este método de interpretación debería ser limitado. Textualmente afirma: «Del principio de la isopsefía te servirás siempre que las imágenes ofrezcan los mismos presagios que las expresiones numéricas equivalentes, incluso si se prescinde de éstas» (IV, 24). El Daldiano ofrece en su tratado media docena de casos referidos a palabras completas, pero también menciona el significado de algunos signos alfabéticos. Como el autor es consciente de las dificultades que encierra el procedimiento aritmológico citado, aconseja que, si los cálculos no conducen a ningún resultado coherente, se recurra entonces a cambiar el código. En lugar del sistema numérico habitual se otorgará a cada letra la equivalencia correspondiente según su orden de colocación en el alfabeto, de esta manera las cifras irían de 1 a 24.

A partir del examen de los distintos tipos de razonamientos empleados por Artemidoro hemos conseguido reconstruir la estructura de su doctrina interpretativa de los sueños y su mecanismo de funcionamiento. Como hemos visto, los dos principios básicos de su arquitectura científica son la antítesis o simetría axial y la analogía o simetría proporcional. Ambos procedimientos tienen como denominador común el concepto de simetría, entendiendo por tal la armonía de posición de las partes o puntos similares, unos respecto de otros. El tratadista adapta la herramienta a un área de conocimiento específica, en este caso el universo de los sueños. El modelo teórico aplicado resulta muy atractivo por cuanto responde a un principio básico en la elección de hipótesis, esto es, el principio de la simplicidad. En sus páginas se advierte un claro propósito de observar los hechos con meticulosidad y de formular hipótesis con vistas a una explicación del fenómeno estudiado. El problema se sitúa en el plano de la comprobación de dichas hipótesis. Ante la imposibilidad de alcanzar una verificación de las mismas se aferra al testimonio de las reiteraciones concomitantes en virtud de su experiencia. A su juicio, las mismas visiones oníricas se han saldado con resultados similares. Hay, por tanto, una relación causa-efecto aplicable por extensión al binomio elemento onírico-presagio. Es decir, se aprecia un intento de racionalizar el proceso interpretativo. El estudioso italiano Dario del Corno ha introducido una distinción terminológica oportuna y esclarecedora a este respecto. El citado profesor propone el neologismo «onirología» para denominar la rama que comprende los estudios filosóficos o científicos tendentes a investigar la etiología y la fenomenología del estado de reposo fisiológico. En cambio, se sirve de la voz «oniromancia» para referirse al arte de la predicción del porvenir por medio de la interpretación de los sueños. En teoría la división es neta y pertinente, pero no es aplicable a la literatura científica helénica. A través de los testimonios griegos conservados se comprueba que los exponentes de la primera ten-

dencia siempre dejarán abierta la posibilidad de que exista un fenómeno premonitorio en determinadas circunstancias. De igual modo, la vía adivinatoria se esforzará en encontrar argumentos racionales que justifiquen las interpretaciones proféticas. Artemidoro es claramente representante de esta segunda corriente y, como no podía ser de otra manera, en sus páginas se manifiesta una permanente tensión dialéctica entre ambas opciones.

El legado del Daldiano no se reduce a sus aportaciones en el campo de la mántica. En verdad, Artemidoro fue un testigo de excepción de la época en la que le tocó vivir. Desde este punto de vista sus escritos nos proporcionan una riquísima documentación sobre la estructura profunda del imaginario colectivo o cosmovisión reinante en la sociedad tardo-antigua. Por ello, si practicamos una lectura que prescindamos de los objetivos primariamente perseguidos por él, encontraremos una infinidad de datos del mayor interés. Tal sucede con la distribución del cuerpo social. En su obra se refleja una estratificación compuesta por tres grupos netamente diferenciados: una clase dirigente y plutócrata, otra trabajadora y de condición modesta, y una tercera servil y descontenta de su suerte. El primer grupo estaba formado por dirigentes políticos de diversa condición, altas magistraturas de la administración y poseedores de grandes fortunas. Los representantes del nivel siguiente eran gentes que vivían de su esfuerzo o *pónos*, es decir, un trabajo duro y mal remunerado, como lo indica el nombre de *pénetes* con el que se les denomina. El último escalón lo ocupaba un contingente numeroso de personas privadas de libertad. Las frecuentes alusiones a este sector de la población demuestran la importancia creciente de sus miembros en el siglo II d. C. Son múltiples las interpretaciones que se saldan con la manumisión de un esclavo. Esta clase de consultas muestra un tipo de sueño que hoy llamaríamos «de deseo cumplido». La injusta organización de la sociedad, los movimientos migratorios y la crisis económica, entre otros factores, contribuyeron a un deterioro de las condiciones generales de existencia. Por ello se observa que el espectro de la inseguridad se cernía sobre los individuos, bien de manera difusa y sobrecogedora, según indica la fórmula genérica que define a un tipo de persona con la etiqueta de «el que tiene miedo», bien a través de sucesos varios, tales como la desocupación laboral, los procesos, los desplazamientos, las enfermedades y el acecho de la muerte. En este contexto de angustia vital el recurso a la mántica estaba justificado. Dentro de ella la onirocrítica era una rama en vías de expansión ya que el desarrollo de actitudes individuales (otra característica de los tiempos) propiciaba un contacto personalizado entre el profesional y el cliente, protagonista a su vez de su propia suerte.

Además de este afán por conocer el futuro discurría la tentación de olvidarse del presente mediante el recurso de la evasión a través de la frecuentación de espectáculos multitudinarios. De ellos tenemos también buena prueba. La enorme importan-

cia concedida a actividades agonísticas queda reflejada en el tratamiento tan pormenorizado del capítulo dedicado a los gladiadores (II, 32). La descripción de los distintos tipos de luchadores y sus equivalencias oníricas demuestran una gran familiaridad de la población en general con tales competiciones. Otro tanto ocurre con el mundo de la farándula. Son múltiples las alusiones a representaciones teatrales, así como variada la tipología de los actores (I, 56 y I, 76). Todo este material variopinto testimonia la existencia de una sociedad en ebullición e inmersa en un proceso de cambio profundo.

Asimismo, encierra interés sociológico y también psicoanalítico el campo relacionado con las prácticas sexuales (I, 78-80). Los datos que se pueden obtener a través de la lectura de Artemidoro revelan una gran naturalidad al abordar estas cuestiones y una casi total ausencia de prejuicios. La modalidad de trato íntimo considerada como más reprobable es el sexo oral. Las ideas expuestas a este respecto con gran libertad escandalizaron a más de un filólogo del siglo XIX, de ahí que algunas versiones fuesen expurgadas. Por ejemplo, la citada de Krauss, quien en aras del puritanismo moral reinante prefirió hacer una edición *ad usum Delphini*.

El universo de las creencias también queda bien reflejado en esta obra. El fenómeno del sincretismo religioso constituye una realidad palpable. Basta con ver su clasificación de los dioses en olímpicos, celestes, terrestres, marinos, fluviales, ctónicos y los llamados «circundantes». En este último apartado tienen cabida, entre otros, Serapis, Isis, Anubis y Harpócrates, pero también «la Naturaleza Universal, el Destino, la Providencia y cualquier otra divinidad cuyo poder se pueda parangonar con éstos» (II, 39). El proceso de desintegración de la religiosidad tradicional es evidente. Este fenómeno fortaleció, sin duda, prácticas de carácter supersticioso o de naturaleza mántica.

Otro aspecto que deseo mencionar (quizá por deformación profesional) es el papel desempeñado por la lectura y la escritura en la economía de esta obra. Las referencias existentes indican cierta familiaridad con tales destrezas por parte del público. Por ejemplo, Artemidoro interpreta que «aprender las letras, siendo analfabeto, anuncia al sujeto de la visión la consecución de un bien, pero con esfuerzo y temor, porque quienes asisten a la escuela soportan miedo y, al mismo tiempo, fatigas; mas, en compensación, el aprendizaje reporta beneficios» (I, 53). Asimismo, «soñar que se lee con propiedad y soltura una lengua extranjera significa que la persona se habituará a tierras y costumbres ajenas y que allí actuará brillantemente». En ambos casos hemos transmitido los resultados positivos, pero también se describen los contrarios o negativos. Respecto de los signos alfabéticos explica lo siguiente: la *rho* indica un buen augurio¹⁵; las vocales predicen miedos y contrariedades;

¹⁵ Porque su valor aritmológico es «cien», cifra que coincide con la de algunas expresiones consideradas propicias (Véase nuestra edición, p. 335).

las consonantes no anuncian sustos pero sí esfuerzos; y las semivocales vaticinan temores y cierta actividad. El grado de sonoridad y el punto de articulación de las tres últimas categorías son las claves de tales presagios.

La comparación del acto de escribir con el hecho de arar la tierra y de copular está testimoniado en este autor. El tópico pervivirá en la Edad Media. Baste recordar el famoso «indovinello» veronés que constituye el primer documento en lengua italiana y que, precisamente, fue anotado en un manuscrito hispánico⁽¹⁶⁾.

Otro lugar común aquí registrado es la metáfora del libro de la vida. El Daldiano explica su significado con las siguientes palabras: «Un libro indica la vida de quien ve el sueño, pues los hombres recorren el ejemplar de igual modo que pasan por la existencia; y también el recuerdo de sucesos pasados, ya que los acontecimientos de otros tiempos quedan recogidos en volúmenes. La acción de devorarlos beneficia a las personas cultivadas, a los eruditos y a todos los que se ganan el sustento gracias a los discursos o a los escritos. A los demás les vaticina una muerte repentina» (II, 45). La razón de tales pronósticos es evidente.

Para cerrar este capítulo recordaremos la conexión entre escritura y oniocrítica. Sabemos que un tal Lisímaco, pariente de Aristides el Justo, se ganaba la vida como intérprete de sueños en las inmediaciones del templo de Baco y que se servía de una tabla adivinatoria (*pinákion*) para tal cometido⁽¹⁷⁾. Ciertamente, los índices de correspondencias entre los elementos oníricos y su equivalencia en el mundo real favorecieron la creación de un sistema orgánico que intentaba recoger la totalidad de los conocimientos existentes en este campo y reducirlos a un conjunto de símbolos traducibles al estado de vigilia. Estas fuentes escritas hay que ponerlas en relación con la tratadística que se fue componiendo a partir del siglo V a.C. Sin embargo, el uso compendiario no se perdió a pesar de la abundancia de textos consagrados al estudio de los fenómenos oníricos en todos los aspectos, como lo demuestra un pasaje de Alcifrón, en el que se nos presenta a un joven que, tras haber tenido una curiosa visión, se dispone a «acudir a un cierto individuo de los que exponen tablillas junto al templo de Yaco y aseguran interpretar los sueños»⁽¹⁸⁾. Habida cuenta de que este autor era contemporáneo de Artemidoro, quiere decirse que en pleno siglo II d.C. ambos procedimientos gozaban de buena acogida.

Otro asunto de valor arquetípico es el tratamiento que reciben los colores. La escala trifuncional blanco / negro / rojo constituye un sistema básico que se conservará en Europa hasta el siglo XIII. El valor peyorativo de combinaciones cromáticas

¹⁶ Verona, Biblioteca Capitolare, *Oracional mozárabe*, codice LXXXIX, f. 3r, s. VIII in. La adición en cuestión, datable entre los siglos VIII ex. y IX in., reza así: *Seppureba boues, alba pratalia araba et albo uersorio teneba et negro semen seminaba.*

¹⁷ Plut., *Vida de Aristides*, 27 3.

¹⁸ III, 23.

está claramente expresado. Las superficies moteadas naturales (peces multicolores, aves, etc.) o artificiales (atavíos, objetos varios) siempre denotan engaños, traiciones y maldad como ocurrirá a lo largo de toda la Edad Media. A pesar de que los testimonios de Artemidoro en este campo son notables, sin embargo no aparecen recogidos en los espléndidos trabajos de Michel Pastoureau consagrados a estos temas. La escasa difusión de la obra del Daldiano explica que sus importantes aportaciones al campo de la antropología no hayan sido todavía valoradas debidamente. En cambio, no sucedió lo mismo en el ámbito del psicoanálisis, pues Sigmund Freud sí tuvo noticias de nuestro autor. Aparte de las referencias explícitas en su libro homónimo, hay una serie de cuestiones que pueden haber sido sugeridas por una lectura del *Onirocrítico*⁽¹⁹⁾. El maestro de Viena señala la existencia de una clase de sueños vinculados a las vivencias procedentes del mundo de la vigilia. Se trata de los famosos «residuos diurnos». Esta categoría coincidiría con los sueños directos. De igual modo uno y otro especialista afirman que sólo hay que interpretar las visiones oníricas simbólicas. La importancia concedida a los aspectos sexuales, el fenómeno del «transfer», el significado de ciertas imágenes o elementos, las elaboraciones lingüísticas, la necesidad de un interprete que descodifique el mensaje, etc. son otros tantos puntos de contacto. La diferencia esencial reside en que Artemidoro persigue la predicción de un futuro objetivo y Freud el conocimiento de unas realidades subjetivas. La concordancia es imperfecta pero, no obstante, ambos adoptaron una postura parecida ante el fenómeno onírico: abarcarlo en su totalidad y descifrar su enigma. Enigma del que todavía hoy queda mucho por descubrir. De ahí que siga siendo válido el juicio de Tommaso Campanella cuando afirma: «Finchè non s'intende l'arte, sempre dicesi magia; dopo è volgare scienza»⁽²⁰⁾. Para bien o para mal el sueño no es todavía una vulgar ciencia.

¹⁹ En el estudio introductorio de nuestra edición se aborda esta problemática *in extenso*.

²⁰ *Del senso delle cose e della magia*, [Milán]: Mondadori, 1954.

CUADROS SINÓPTICOS

I

Clasificación de los sueños	1.1. ensueño (<i>enýpnion</i>)	1.2.1. directa
	1.2. visión onírica (<i>óneiros</i>)	1.2.2. <u>simbólica</u>

II

Tipos de argumentación	1. antítesis	1.1. arriba vs abajo 1.2. derecha vs izquierda 1.3. delante vs detrás
	2.1. real	
	2.2. verbal	2.2.1. lingüística
		2.2.1.1. polisemia 2.2.1.2. etimología 2.2.1.3. homofonía 2.2.1.4. transformación
		2.2.2. aritmológica: <i>isopsefía</i>

III

Topología simbólica

III.1.

Términos opuestos	Idea dominante	Elemento onírico	Significado equivalente
<i>arriba</i>	superioridad	dioses olímpicos cabeza dientes del maxilar superior parte superior del cuerpo subida	persona de rango superior II, 35 amo, padre I, 2 y 35 persona de rango superior I, 31 persona de rango superior IV, 25 ascenso social IV, 28
<i>abajo</i>	inferioridad	dientes del maxilar inferior partes inferiores del cuerpo dioses terrestres ojos en los pies rodillas pies patas bajada	persona de rango inferior I, 31 persona de rango inferior IV, 25 pobres II, 34 servidores I, 26 libertos I, 47 esclavos I, 48 esclavos I, 74 descenso social IV, 28

III.2.

Términos opuestos	Idea dominante	Elemento onírico	Significado equivalente
<i>derecha</i>	1. superioridad	parte derecha de la cabeza	varones I, 21
		ojo derecho	padre, hermano, hijo I, 26
		dientes de la parte derecha	personas mayores I, 26
			varones I, 31
		mano derecha	personas mayores I, 31
			varones I, 42
			cosas en vías de consecución I, 42
		coger I, 42	
		calvo de la parte derecha	varones I, 21
		oriente	consanguíneos I, 21
	2. buena suerte	edad avanzada II, 10	
		arco iris por la derecha	señal positiva II, 36
		Zeus yendo hacia oriente	señal positiva II, 35
		Serapis moviendo la mano derecha	señal positiva V, 92
<i>izquierda</i>	1. inferioridad	parte izquierda de la cabeza	hembras I, 21
		ojo izquierdo	hembras I, 26
			madre, hermana, hija I, 26
		dientes de la parte izquierda	personas menores de edad I, 26
			hembras I, 31
		mano izquierda	persona menores de edad I, 31
			esposa, madre, hermana, hija I, 42
			lo que ya se posee I, 42
			conservar I, 42
			calvicie de la parte izquierda
		occidente	edad juvenil II, 10
	2. infortunio	arco iris por la izquierda	señal negativa II, 36
		Zeus yendo hacia occidente	señal negativa II, 35
		Serapis moviendo la mano izquierda	señal negativa V, 92

III.3.

Términos opuestos	Idea dominante	Elemento onírico	Significado equivalente
<i>delante</i>	1. seguridad	cabeza vuelta hacia delante	pasado I, 21

<i>detrás</i>	2. incertidumbre	
		calvicie en la parte posterior futuro I, 21 vejez pobre I, 21
		cabeza vuelta hacia atrás futuro I, 36 espaldas vejez I, 49

IV.1. Analogía real: campo conceptual de las relaciones hombre / mujer

Idea dominante	Elemento onírico	Significado equivalente
<i>Misoginia</i>		
	zorra II, 12	mujer
	jabalí II, 12	
	oso II, 12	
	gaviota II, 17	
	paloma salvaje II, 20	
	bilis I, 44	
	perdiz II, 46	mujer impía
	víbora II, 13	
	garduña III, 12	mujer malvada
	comadreja III, 28	
	hiena II, 12	mujer andrógina
<i>Amor filial</i>		
	naturaleza I, 79	madre
	tierra I, 79	
	patria I, 79	
	profesión del que sueña I, 79	
	luna II, 36	
<i>Sexualidad / Procreación</i>		
	manzana I, 73	esposa
	atavíos femeninos IV, Proemio	
	corazón I, 47	
	miembro viril I, 45	
	dormitorio II, 10	
	colchón V, 8	
	cama V, 8	
	todo lo relativo al lecho V, 8	
	diván V; 8	
	yegua I, 56	
	campo I, 51	
	arar la tierra I, 51	
	mortero II, 42	
	tablilla de escribir II, 45	

lamparilla I, 74
olivo II, 25

Pertenencia del marido

profesión o ámbito en el que el marido manda I, 2 y 78; IV, 42

Sustentación de la vida doméstica

trébede I, 74
hogar II, 10
estufa II, 10
escudo y yelmo II, 31
piedra de afilar III, 37

Conservación y custodia

granero II, 24
cofre I, 74 y IV, 28
cesta I, 74
caja de caudales I, 74
batiente de la puerta con pasador II, 10
pared con ventana II, 10
perro de guarda II, 11
cadena III, 35

Intimidad

pozo II, 27
lago II, 27
mar III, 16
luna II, 36

Tipología de las esposas

llave III, 54	mujer fiel
paloma doméstica II, 20	mujer hogareña
golondrina II, 66	mujer hogareña
fuelle I, 52	mujer afectuosa
laurel II, 25	mujer rica
<i>mirmillo</i> II, 32	mujer rica y obediente
<i>secutor</i> II, 32	mujer rica y orgullosa
<i>thraex</i> II, 32	mujer rica y astuta
<i>hippeus</i> II, 32	mujer rica, buen linaje e insensata
<i>provocator</i> II, 32	mujer hermosa y coqueta
<i>essedarius</i> II, 32	mujer perezosa y fatua
<i>retarius</i> II, 32	mujer pobre, callejera e infiel
<i>dimachaereus</i> II, 32	mujer malvada y fea
sartén II, 42	mujer glotona
agresiones II, 48	mujer infiel

Otras relaciones

	cobertores I, 74	concubina
	miembro viril I, 45	amante
	yegua IV, Proemio	
	espejo IV, Proemio	
	nave IV, Proemio	
	mar IV, Proemio	
	animal hembra IV, Proemio	
	atuendo femenino IV, Proemio	
	pelota I, 55	prostituta
	carrera I, 58	
	paloma salvaje II, 20	
	mirto, boj y oleandro II, 25	
	mar III, 16	
	escudilla III, 30	esclava fiel

Idea dominante Elemento onírico Significado equivalente

Sexualidad / Potencia

reja de arar I, 51	varón
mano de almirez II, 42	
luz I, 74	marido
batiente con cerrojo II, 10	
pared con ventana II, 10	
corazón I, 47	

Idea dominante Elemento onírico Significado equivalente

Vinculación negativa

muerte II, 49	matrimonio
cruz II, 53	
sepulcro II, 61	
lino III, 59	
trabazón, atadura <i>passim</i>	
tañer la lira I, 56	

IV.2. Analogía verbal:

IV.2.1. Recursos lingüísticos

Polisemia	Etimología	Homofonía	Transformación
psêphos I, 2, 26; II, 5, 36; III, 1, 55; IV, 24	kámēlos / kámmēros I, 4	kómē / komeîn I, 19	karênai / kharênai I, 22

splánkna I, 33; I, 44	kephalḗ / kephálaion I, 7	písos / peithḓ́ I, 68	aetós II, 20
nephros I, 44	tyreúō / tyrós I, 72	kheimón / khímaira = *khim I, 70	I, K, Th IV, 24
mēdea I, 45	sýkon / sykádsein I, 73	kḗrinos / kḗr I, 77	sá-tyros IV, 24
sýrinx I, 47	epikheireîn / tà epíkheira I, 80	kriós / kreíōn II, 12	
góny I, 47	probaínein / próbata II, 12	axínē / a-xeínē II, 24	
neúra I, 56	aíx / Aigaiōn II, 12	Ártemis / artemḗ II, 35	
pépōn I, 67	ónos / ónasthai II, 12	khémē / kheimón IV, 22	
pyramós I, 72	bóes / boaí II, 12	huiós / iós V, 15	
enetáthē I, 78	keraía / histokeraía II, 12		
synousía I, 78	lykábas / lýkos II, 12		
anankaïon I, 79	kápros / kapráō II, 12		
aíx II, 12	trís / tríglē II, 14		
áphodos II, 27	Diónysos / dianýein II, 37		
nýmphē II, 27	Eleutheréus / eleuthérios II, 37		
krínō II, 28	Némesis / nemesân II, 37		
proágein II, 30	hálysis / álytos III, 35		
pheúgō II, 32	ménō /* Men- III, 38		
diókō II, 32	kratéō /*Krat- III, 38		
kórē II, 36; V, 44	Zeús /*Zen- III, 38		

sympneîn II, 37	karpós / *Karp- III, 38
mnēmeîon II, 49	thrásos / * Thras- III, 38
histós III, 36	télos / telónēs III, 58
kerdō III, 28	nómos/ nomídsō IV, 2
ékhō IV, 4	arnóglōsson /arnòs glōssa IV, 22
phtheíresthai IV, 4	peíthomai / *Pis- IV, 22
aporeísthai IV, 18	nikáō / *Nik- IV, 80
mēla IV, 22	diakrínō / kritēs V, 5
própolis IV, 22	
tókos IV, 80	
dēmósios V, 25	
pompeía V, 53	
akóntion –as V, 59	
teleuté V, 75 y 76	
dáktylos V, 89	

IV.2.2. Recursos artimológicos

graûs	hē ekforá IV, 24 = 704
kēlé	dsēmía III, 45 = 66
díkē	galê III, 28 = 42
etc.	